



JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

UNA BATALLA AÉREA

Desde los nebulosos tiempos de la *Batrachomiomaquia* no se vio batalla más colosal que una librada hace años, sobre las primeras serranías de la cordillera andina, y de la cual da cuenta esta singular historia.

Era que un ejército aéreo del ignoto Imperio Acridio, tan vasta y tan tupido que en el horizonte del oriente formaba una nube roja oscura de algunas lenguas, apareció un día entre el espanto de las gentes comarcanas, y no menor alarma de los numerosos reinos animales que pueblan los valles, las montañas y los aires de aquella inmensa región, que veían ya talados los rozagantes brotes de toda la vegetación con la cual se prometían una primavera y un verano opíparos.

Al punto, los más veloces y los más estentóreos se pusieron a correr, a volar y a gritar por estas soledades escarpadas, llamando a todos los

capaces de tomar la defensiva y la ofensiva contra la formidable invasión en marcha.

No se sabe de dónde y por qué milagroso conjuro, asomó de pronto por entre unas grietas del granito una enorme Águila, la cual, desde un picacho agudo, lanzó un silbido tan estridente, que, oído en todos los rincones, grutas y nidos de la cordillera, hizo surgir de súbito tal número de águilas, que casi parecían tantas como los diminutos individuos del ejército invasor.

-Hermanos del invencible y celestial Imperio Aquilino, soberanos de los espacios infinitos e inaccesibles, la hora de las pruebas decisivas ha llegado, y pueblos innumerables de animales y de gentes confían en nosotros la salvación de la vida, contra el eterno destructor de todo cultivo y de toda natural floración.

Nuestras garras, nuestros picos y nuestras alas armadas de garfios, pueden en un solo ataque exterminar o poner en fuga al engreído enemigo, el cual, según las sagradas tradiciones, nunca debe atravesar las altas cumbres de esos montes.

¡En marcha! Y si el adversario logra nublar por su número la luz del sol de levante, las formidables y aladas legiones aquilinas anticipen la noche en el hemisferio del occidente, y que perezcan todos los invasores en las tinieblas.

Cuando concluyó su arenga el Águila Real, la batalla era inminente. El Acridio llegaba ya semejante a una silenciosa ola de sangre, hasta las líneas de la defensa, que se extendían como una gigantesca nube gris, por encima y por las faldas de la montaña, bañadas por el sol declinante.

El encuentro fue espantoso y extraordinario, porque la extensa línea de las águilas quedó de súbito despedazada en casi toda su longitud, porque cada una de ellas, al atacar en el aire al diminuto enemigo, perdían el equilibrio o la estabilidad, y caían en racimos hasta recuperar su flotación, en cuyo intervalo la ola terrible del Acridio avanzaba y avanzaba, filtrándose por entre las apretadas filas de los defensores.

No tardó el Águila Real, conductora de aquel singular combate, nunca visto en los anales del mundo, en darse cuenta de la inutilidad de todo su alado ejército, contra aquella lluvia torrencial de proyectiles animados, mudos, sordos, insensibles, inconscientes, autómatas, movidos por un impulso invisibles y fatal hacia delante, hasta consumir la obra destructora de su misión incontrastable.

En esta meditación se hallaba, sin resolverse a dar la señal dolorosa de la dispersión y de la fuga, cuando un Cóndor, que navegaba serenamente por encima de la región de la batalla, como un misterioso enviado del Destino, acercóse a ella y con grave y paternal acento le dijo:

-¡Oh, augusta pariente y amiga! Es inútil que te obstines en combatir contra un enemigo tan desproporcionado e intangible e impalpable. Las tradiciones de honor, de heroísmo y de religión, nada valen ante la realidad matemática y física del número, y de la infinita subdivisión individual. La majestad y la aureola de tus legiones soberanas caerán envueltas en el ridículo; y es consejo que por mi intermedio te envíen todas las potencias aladas, que neutrales contemplan desde sus nidos o atalayas esta estupenda aventura de tu raza. Es preferible una dispersión oportuna a una resistencia estéril, y que se cumpla la ley que los impulsa, de devastación y exterminio. Si unos cuantos pueblos vecinos padecerán carestía y hambre, en cambio otros más lejanos y de diferentes instintos tendrán cosecha abundante sobre los campos de la muerte. Las potencias aladas te piden que hagas cesar toda agresión y disperses tus ejércitos, para que vuelvan a sus nidos y esperen mejores tiempos. Ya ellas deliberarán para compensarte una vez satisfechos los legítimos derechos de victoria...

Y sin esperar respuesta, continuó su vuelo regio, mientras el Águila lanzaba a los aires el grito desgarrados de la fuga, y la inmensurable ola roja del Acridio, seguía hacia el occidente su marcha de inundación, incontenible, imperturbable, imponente y terrorífica, cual si el infinito Océano del Silencio hubiese salido de madre...

La presente obra ha sido digitalizada por la voluntaria Fabiana Marta Ortíz.

2009 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

